



Frente común

El escritor israelí Abraham Yehoshua (junto a estas líneas, a la derecha de la imagen), al igual que su compatriota David Grossman (abajo), aboga por acabar con la ocupación de los territorios palestinos. En la foto inferior, una escena de la «intifada»



HACIA LA MUERTE

EL TÚNEL

FRIEDRICH DÜRRENMATT
Traducción y epílogo
de Juan de Sola
Alpha Decay. Barcelona, 2012
104 páginas, 9 euros

★★★★



Uno de los problemas más evidentes de la alegoría consiste en el hecho de que el comentario que propone al texto que le sirve de vehículo no es denotado particularmente, lo que lleva a que la interpretación de ese comentario sea siempre motivo de controversia. Así, en su magnífico epílogo a este texto de Friedrich Dürrenmatt, Juan de Sola prefiere leer el texto como «una parábola de la muerte», una lectura perfectamente plausible, aunque no la única, que puede hacerse de *El túnel*, cuya fuerza posiblemente radique (como la de todos los buenos textos) en la discrepancia que puede producir entre los lectores a la hora de fijar su sentido.

Tribu de Coré

El túnel narra la historia de un joven de veinticuatro años que, al realizar un trayecto en tren que para él es habitual, se sorprende descubriendo que el convoy se sumerge en un largo túnel del que ya no vuelve a salir en lo que resta de recorrido: el tren ha sido abandonado por

piezas teatrales *La visita de la vieja dama* (1956) y *Los físicos* (1962).

El hecho de que, a diferencia de sus contemporáneos, nosotros conozcamos ambas piezas (lo que constituye una ventaja, digamos, retrospectiva a la hora de leer *El túnel*) hace posible pensar en el texto ya no solo como en la «parábola de la muerte» de la que habla su traductor, sino también como en una alegoría de la Historia europea de la primera mitad del siglo XX y, particularmente, del rumbo que tomó la cultura germanoparlante con el ascenso al poder del nacionalsocialismo, la persecución y el asesinato de los judíos, la expulsión de los intelectuales y la Segunda Guerra Mundial. Allí están, para reforzar la hipótesis alegórica, el túnel y la oscuridad que no se acaban, la referencia a la tribu bíblica de Coré (tragada por el abismo), la indiferencia de los ocupantes del tren ante lo que es su insospechado final y la impotencia del protagonista.

Una línea en el agua

Ha vivido hasta entonces «a la espera del momento que acababa de llegar, el instante del hundimiento, de esa relajación repentina de la corteza terrestre, de ese fabuloso descenso a las entrañas de la tierra»; cuando este llega, ya no parece posible hacer nada. «Nosotros estábamos tan tranquilos en nuestros compartimentos e ignorábamos que todo estaba perdido [...]. No sospechábamos que nada hubiera cambiado, cuando en realidad el pozo ya nos acogía en sus entrañas», piensa el joven de veinticuatro años (la edad que tenía Dürrenmatt en 1945) que protagoniza el relato. *El túnel* es el testimonio de que, como escribió Walter Benjamin y recuerda De Sola, «no hay un solo documento de cultura que no sea al mismo tiempo de barbarie». «¿Qué podemos hacer?», pregunta el jefe del tren, y él responde: «Nada».

Una parte considerable de la obra del extraordinario Dürrenmatt (1921-1990) ofrece al lector el consuelo de que ciertos escritores fueron capaces de ir más allá de esa nada para dejar un testimonio, una línea en el agua que debe ser hecha una y otra vez y de forma incesante para que no se borre por completo, de que lo que nos salva puede potencialmente condenarnos.



es un libro que habla, sobre todo, de las secretas y casi invisibles conexiones que, inoportunamente, algunos creen poder anular de un plumazo, huyendo y dejándolo «todo» atrás. Conexiones con un país —quemando los periódicos en hebreo, como hace Yirmi con los que le trae su cuñada, recién llegada de Tel Aviv—, o conexiones más vertiginosas, como las de los antropólogos de África para establecer cuándo se escindió el *Australopithecus boisei* —«la máquina de comer»— hasta llegar a convertirse en el *Homo sapiens*.

¿Es posible regresar al lugar donde sucedió «todo» practicando una especie de terapia personal del recuerdo? Eso es lo que intentará la protagonista, Daniela, «especialista número uno en mantenerse alejada del dolor y de la culpa», como dice su cuñado, al querer visitar el lu-

gar exacto —un mercado africano— en el que su hermana sufrió las primeras señales de su enfermedad.

Azotea palestina

Eso es también lo que intentó un día Yirmi, al arriesgarse a volver a la misma azotea palestina donde su hijo cayó víctima del «fuego amigo», confundido con un posible terrorista.

Todos, los vivos y los muertos —se nos viene a decir en esta novela—, tienen el deber y la responsabilidad —uno de los temas favoritos de Yehoshua— de hacerse cargo los unos de los otros. Así lo piensa Yaari, el marido de Daniela: «¿Qué es eso de desconectar? ¿Y qué quiere decir “desconectar de todo”? ¿Cómo se desconecta? Al final no queda más remedio que volver».

MERCEDES MONMANY



Además de teatro, Dürrenmatt (arriba) escribió para radio y tv. Su novela «El cebo» fue adaptada al cine por Ladislao Vajda en 1958. El propio autor firmó el guión

el maquinista, su jefe no sabe qué hacer y los vagones se hunden más y más en la tierra con todo su indiferente pasaje.

El relato (uno de los mejores del escritor suizo junto con «La avería» y «El perro», como observa bien De Sola) fue publicado en 1952, poco después de que el autor adquiriese cierta notoriedad con su novela *El juez y el verdugo* (1951) y antes de que obtuviese el reconocimiento internacional con sus

PATRICIO PRON